



Las chapas recortadas y dobladas de Ramón Acín traen a la escultura decorativa española un matiz nuevo aquí, donde encontramos singular atractivo. Son siluetas livianas al parecer, intrascendentes a primera vista, caprichos sin ulterior propósito estético. Pero en realidad responden a una profunda capacidad artística



Como en «La danza», en esta «Carretera» le ha bastado a Ramón Acín una pequeña chapa de metal para obtener una verdiciera obra de arte. Ingenio y maestría técnica se aliaron para ello, porque no son ajenos ciertamente a este admirable resultado el estilo ágil del caricaturista y el sentido constructivo del escultor

He aquí una iniciativa que conviene no desvirtuar y si, por el contrario, robustecer y mejorar cada día más.

El Estado debe intervenir de un modo eficaz en esta cuestión de ornato de las ciudades por medio de las esculturas públicas. Es preciso acometer de una vez para siempre la radical renovación de las malas e estúmbres de la aduñación personal. Ir, francamente, decididamente, a la supresión de los monumentos destinados a transitoria vida, que sólo sirven para satisfacer la vanidad de personajes y per-

Esculturas públicas.- El arqueólogo que fomenta el turismo español. — Ramón Acín y su silueta rebelde

EN el excelente Salón de Exposiciones — acaso el mejor que hay en Madrid e ignorado, sin embargo, por los artistas — del Ministerio de Instrucción pública, se exhiben estos días las obras presentadas al Concurso Nacional de Escultura.

Son una serie de figuras de pequeñas dimensiones, de entre las cuales habrá de elegir el Jurado la que habrá de premiarse para ser realizada definitivamente y colocada en una de las cuatro hornacinas del antespacio del ministro.

El conjunto no carece de interés: acusa la lógica pugna de estilos y tendencias que hoy día renueva el arte español, rezagado en tal sentido de las artes extranjeras. Quiero decir que al lado de testimonios arraigadamente classicistas y academicistas, hallamos en los bocetos del Concurso Nacional simpáticas escapadas hacia las nuevas normas.

Todavía el Jurado no dictó su fallo; pero no creo equivocarme al suponer que habrá de discutir entre los envíos de Beltrán, Borrell Nicolau, Planes, Marín, Vient e algún otro, destacados con innegable supremacía.

Ya se dice el destino de la obra premiada: ornato interior del edificio, así como las del anterior concurso, originales de Adsuara, fueron colocadas al aire libre, en la fachada.

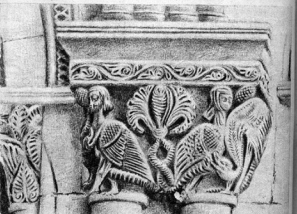
Pero no siempre se siguió igual criterio. Se procuraba una más amplia finalidad urbanística. Con laudable intención se aspiraba a dotar de pequeñas fuentes, de monumentos infantiles, de bancos decorativos, a lugares públicos de la ciudad.

sonajillos accidentales. Esta forma de exaltación partidista vana, viendo resulta no sólo ineficaz, sino ridícula. Obstruye la circulación con armatostes pétreos del género «escribanía siglo XIX» o del «pánato de confitería»; desorienta y confunde a vecinos y forasteros, sin otro resultado que el de las destrucciones periódicas.

El grotesco afán — no siempre desinteresado, claro es — que corre



Mucioso exactitud distingue a los dibujos de González Simanca. Este arqueólogo, enamorado de su profesión, va copiando sin fatiga ni descanso los detalles arquitectónicos y escultóricos de los viejos edificios civiles y religiosos de España. Sus álbumes constituyen un apreciable repertorio gráfico de historia del arte



La fotografía ha sustituido realmente al dibujante y al grabador en la tarea de reproducir las bellezas plásticas del pasado; pero todavía quedan artistas como González Simanca que cumplen gustosa y perfectamente esa tarea de copiar los primores de la piedra tallada y esculpida por los artífices de ayer...



Otra demostración de cómo es siempre inspirador un monumento sin dedicación personalista, que los elevados a figuras de transitorio y efímero renombre. El arte moderno aporta, además, su libre fantasía y sus independientes normas con mayor eficacia...



Cómo esta danzarina desnuda de Albrecht en un jardín alemán, sería grato hallar figuras parecidas en las plazas y paseos españoles, o cambio de los horriblos monumentos que se ven en ellos, y donde vemos a un señor con levita y corbata de piedra alargar lo mono en actitud de interrogar lo lluvia presente...

a ciertas gentes por ocupar sobre un pedestal de piedra a coetáneos suyos, representa en la mayoría de los casos un atentado a la armonía y belleza de la ciudad. No creo sería grave delito suprimir el mayor número posible de esos monumentos de aluvión, dándoles enterrados de ayer o de hoy arsan el sitio a verdaderas obras de arte impersonalistas.

En España, y más concretamente Madrid, sobran esa clase de adelfos escultóricos y faltan, en cambio, esculturas sin nombre ni apellido. He aquí una misión que el Ministerio de Instrucción Pública y la Dirección General de Bellas Artes puede proteger y estimular por medio de los Concursos Nacionales.

Pero, además, importa que todos procuremos restituir a la escultura su decoro y su dignidad pública. Y ello se logrará esencialmente dejando en libertad la imaginación y el arte de nuestros estatuarios, tan capaces, por lo menos, como los de otros países para darles a los paseos y plazas españoles un aspecto sonriente y noble, con fuertes grupos y figuras, ajenas a la subalterna gria y al tornadizo endiosamiento.

Don Manuel González Simancas es un entusiasta de su profesión; la arqueología. Ama las piedras viejas, las evocaciones preteritas, los lugares solitarios donde el recuerdo teje la poesía del pasado. Armado de lápices y pinceles va reproduciendo, además, en las hojas de álbumes las siluetas arquitectónicas, los primeros escultóricos de antaño, los sitios que en otro tiempo la vida colmó de zumbros alegres y luchas apasionadas. Estos dibujos, estas pinturas del señor González Simancas ilustran luego sus obras literarias, encaminadas a un mismo afán positivista y divulgador. En ellas, cuanto fué otrora se descubre y exalta. Unasensibles capacidad intelectual añade a la disciplinada cultura el valor necesario para que estos libros nos interesen y retengan.

Poco a poco se van simplificando, haciendo asequibles a mayor número de lectores; las escuditas páginas de historia adquieren aligerado atractivo; los volúmenes extensos se compendian a como extractos alquitranados de un perfume que no pierde su intensidad—en *Gules*, máximos de buen saber, bien decir y afable oratoria. Los apuntes arquetípicos y urbanísticos, las notas de paisaje, son reproducidas en tarjetas de dexiguo precio... De este modo, la dedicación profesional de González Simancas entabla un diálogo útil con las gentes sencillas, sirve a la machetambre con mayor didacticismo.

Testimonio de esta labor suya ha sido la reciente Exposición en la Sociedad Amigos del Arte, orientada hacia fines turísticos.

Das salas ocupaban acarelas referentes a Toledo, Sagunto y paisajes de la Montaña santanderina, y una serie de dibujos reproduciendo detalles arqueológicos en su mayoría, pertenecientes a templos y monasterios de las provincias de Burgos y Soria. Completaba la Exposición una vitrina con las obras literarias del señor González Simancas y las álbumes de postales donde se publican las principales alusiones pictóricas del autor a las ruinas saguntinas y los rincones toledanos.



No solamente las alusiones mitológicas, las humanizaciones plásticas, pueden y deben servir de ornato público en los ciudades. También las estatuas de animales, así éste modelado por Ernesto Gorsemon y que figura en el Zandossousteilungspark de Berlín, sustituyen con ventaja a los bustos de políticos más o menos ilustres encaramados en lo alto de una columna o de un pedestal con relieves alegóricos

El pulcro, el discreto estmero que muestra el señor González Simancas en sus libros históricos y sus guías descriptivas, tiene digna paridad con el de sus dibujos, realizados también con igual prurito honesto y medurado propósito, al servicio de una finalidad turística muy digna de estimación.

Ramón Acín es una de las personalidades más interesantes y activas del moderno Aragón. Espíritu disconforme, rebelde, todo en su vida y en su arte responde al ansia de libertad e iconoclastia. Ello le ha valido, naturalmente, persecuciones y sacrificios de toda índole. Ha conocido el exilio y la ergástula. No desaprovechó nunca la ocasión de colocar sus ideales por medio de la palabra, la pluma y el lápiz. Conferenciante, escritor, pintor, escultor, caricaturista, Ramón Acín, al traer ahora al Ateneo sus cartones y sus chapas de metal coloreadas y animadas por una enorme fuerza expresiva y sensitiva, cumple una etapa de esa trayectoria vibrante a la que se lanzó en plena adolescencia, sin torcerse ni desviarse jamás.

«La chapa o el cartón más moderno—dice el propio artista en su catálogo—tienen vejez de dos años. Dos años—precedidos de un cuarto de siglo de rebeldías modestas, pero continuadas—en que uno no hizo más sino estar alerta al momento español.

De vuelta de la emigración en París, presenté en el Ateneo—¿dónde mejor?—la obra que hice, y en espera de la que haré no sé cómo ni cuándo, porque más que ser artista, en estos momentos altamente humanos, importa ser grano de atena que se sume al simon que todo lo barrerá.

Señalan estas palabras el hábito del esfuerzo estético y de la misión estética de Ramón Acín.

Más detrás de estas chapas de metal y de estos cartones están sus sátiras gráficas de arrogante valentía, que le valieron procesos y persecuciones; están sus envíos a los *Salones de Humoristas*, donde siempre tenía reservado un puesto de honor; está su monumento a Joaquín Costa, en Graus, que reveló de pronto a un firme escultor de grave y austera grandeza, de un modelador de piedras en este modelador incansable de conciencias.

Su exposición actual no desdice la obra y los actos anteriores. Los utiliza, los estiliza con singular finura en el color y la forma. En un género escultórico que agrada practicar a algunos artistas modernos—y en el que, por ejemplo, otro español, Gargallo, se ha significado esencialmente—Ramón Acín obtiene efectos admirables de expresión, de actitud y de ritmo. Son unas siluetas ingravidas de sutilísima delicadeza.

En cuanto a los cartones de embalar ligeramente coloreados, ratifican esa condición de estampista muy moderno, pero con sólidos cimientos constructivos de buen dibujante que siempre ostentó, legítimamente, Ramón Acín.